Proyectos Participativos 2017

Conversaciones en torno a Curillinque

Renato Velásquez Rojas

PA
CE

LICEO SAN CLEMENTE
ENTRE RIOS

TALCA
UNIVERSIDAD
CHILE

Velásquez Rojas, Renato

“Conversaciones en torno a Curillinque”

Talca, Programa PACE Universidad de Talca, 2017.

Editor: Fuad Chacur Kiss

Diseño: Yesenia Briceño Opazo

Fotografía:

Felipe Martínez Hernández,

Francisco Bravo Tapia,

PACE Universidad de Talca

Avenida Lircay s/n

pace@utalca.cl

Índice

Prólogo.....5

Consideraciones.....6

CAPÍTULO I:

Sapos Negros.....7 - 12

CAPÍTULO II:

La Furia de Quizapú.....13 - 18

CAPÍTULO III:

La celebración de “Las Carmeles” .....19 - 26

CAPÍTULO IV:

Colegio Alemán .....27 - 31

CAPITULO V:

Escuela 106 de Curillinque.....32 - 37

CAPÍTULO VI

Un Nuevo Amanecer en Curillinque.....38 - 44

Prólogo

Por Fuad Chacur Kiss, Periodista.
Universidad de Talca.

Una contribución a la memoria local de la Comuna de San Clemente

Lidia Ramírez Riquelme, vecina de la localidad de Corralones, tenía una inquietud que aguijoneaba su corazón. Sus antepasados se encuentran sepultados en un cementerio en situación de abandono, en plena Cordillera de los Andes, precisamente en la localidad de Curillinque, ubicada a 58 kilómetros del centro urbano de la comuna de San Clemente.

A través de la prensa regional, se enteró de un trabajo de rescate patrimonial realizado con éxito por estudiantes del Liceo San Clemente Entre Ríos, entonces se acercó a plantear su inquietud de recuperación y puesta en valor de este sitio, ante lo cual obtuvo una recepción que agradece: "Los estudiantes se interesaron, al igual que los profesores; se buscó apoyo y finalmente viajaron a la localidad de Curillinque, en la misión de materializar el trabajo. Estoy muy contenta, pues se trata de un hecho inédito para nuestra comunidad y espero que los jóvenes del Liceo tengan un alto grado de participación en este rescate de la memoria local".

Ante la solicitud, la comunidad educativa reaccionó de manera entusiasta y se planteó esta idea como Proyecto Participativo del Programa de Acompañamiento y Acceso Efectivo a la Educación Superior (PACE) de la Universidad de Talca. En ese sentido, las actividades que se realizaron durante la ejecución del proyecto, que contó con un presupuesto de 1 millón 200 mil pesos, se refirieron a la limpieza del espacio, inclusión de señalética, remarcación de tumbas y senderos, además de la realización de un trabajo de investigación comunitaria, con la finalidad de plasmar de manera escrita, a través del documento Conversaciones en torno a Curillinque, y audiovisual, los orígenes de la localidad de Curillinque.

Consideraciones

Para comprender la naturaleza de **Conversaciones en torno a Curillinque**, es necesario precisar las siguientes consideraciones:

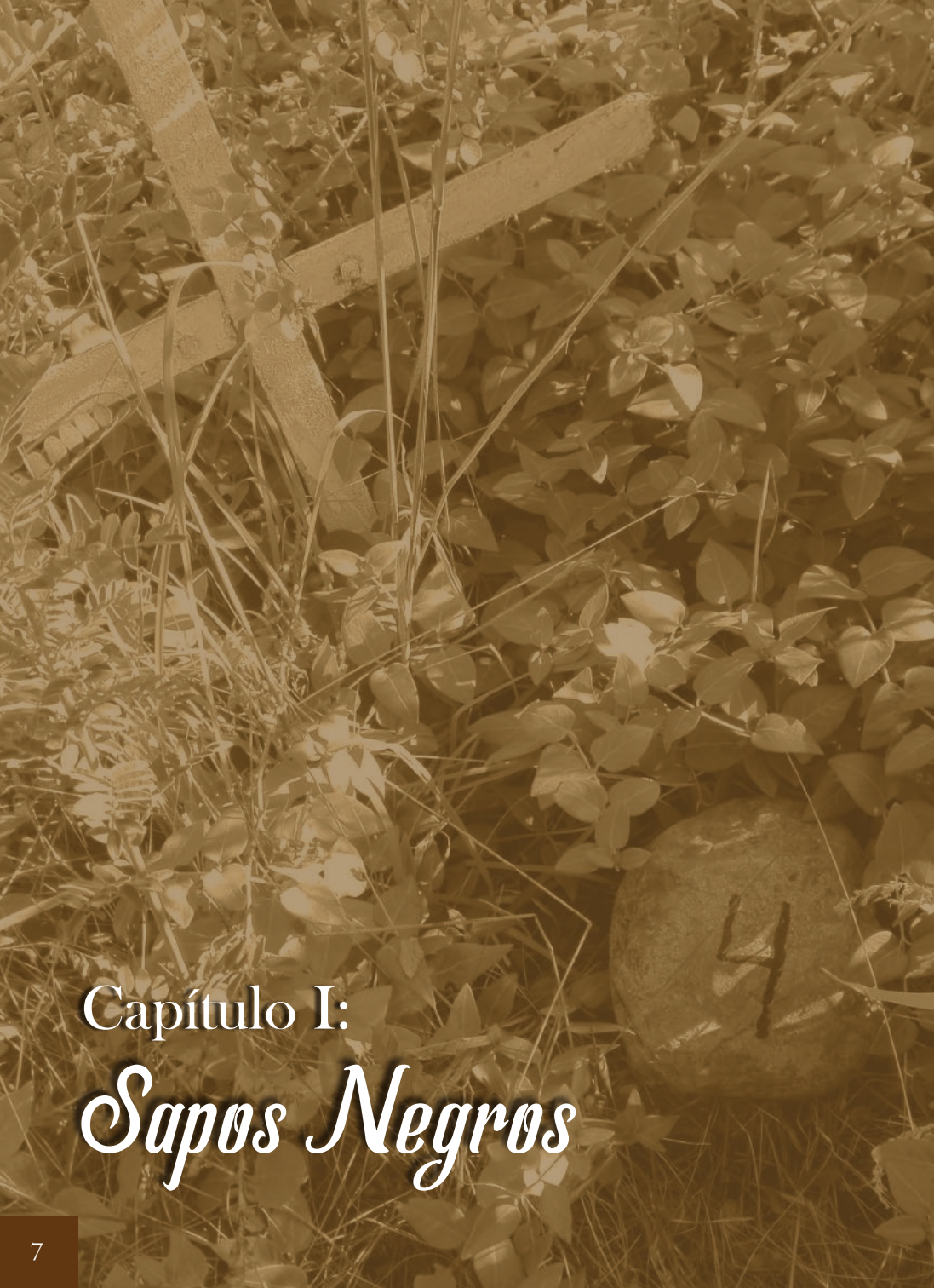
1. Los relatos se basan en el trabajo de campo realizado, que consiste en la elaboración de entrevistas. Éstas dan cuenta de la tradición oral de las comunidades; sus giros lingüísticos, costumbres y recuerdos. Dicha oralidad está escrita en cursiva.

2. El texto se compone principalmente por conversaciones sencillas, que pretenden que el lector se adentre en las costumbres y creencias de cada uno de los entrevistados.

3. Conversaciones en torno a Curillinque considera el relato de leyendas y mitología propia de la localidad.

4. Este libro surge como un documento único en la comuna de San Clemente, que no sólo rescata su patrimonio intangible, sino también rescata el componente audiovisual de un espacio cultural denominado "Cementerio de Curillinque".

5. Conversaciones en torno a Curillinque se desarrolla a través de un narrador testigo (el autor), cuyas intervenciones apuntan a enlazar visiones y dar realce al testimonio de los protagonistas de cada historia presentada. La expresión del narrador está enunciada en tipografía estándar, mientras que la de los protagonistas se expresa mediante cursiva.



Capítulo I:
Sapos Negros

Sapos Negros

Adrián José González González nació hace muchos años en los Baños de la Isla, lugar conocido actualmente como El Médano. Podría superar el siglo de vida. Inscripciones tardías en el Registro Civil hacen que sea incierta su fecha de nacimiento. Su movilidad, reducida, no borra los recuerdos. Estos se remontan a los albores del siglo pasado; conserva intacta la memoria. A pesar del bastón que lo ayuda a mantenerse en pie, es alto y fuerte, capaz de conectarse con los recuerdos con gran entusiasmo y alegría, no hay que exigirle mucho mucho para que nos relate su infancia y juventud en la montaña; evoca recuerdos con una amplia y melancólica sonrisa.

Es difícil que vuelva a su casa en Curillinque; el cuidado que exigen sus años lo obligaron a un forzado exilio hacia el centro urbano de la comuna de San Clemente, donde vive con su hija Doris.

Se crió con su abuelo Jacinto González Muñoz, él le enseñó todo lo que necesitaba saber para sobrevivir en la montaña. No supo de escuela, ni de cuadernos, ni cuentas. La montaña era el reino del viento, sol y nieve; de contrabandistas, cuatreros y gendarmes; de trabajo, siembras y cosechas; de soledades, silencio y distancias.

La falta de instrucción formal no le impidió abrirse camino en las artes del comercio; del trueque y la crianza de ganado. De pequeño aprendió a negociar con los cuyanos, a los que cambiaba cosechas por charqui.

Los cuyanos eran personas muy pobres, comían puros chicharrones y carne de chivo. Las legumbres, hortalizas y verduras ni las conocían, eran puesteros que vivían en chozas de piedra y cueros.

Mi abuelo Jacinto era poblante(1) de los Baños de la Isla desde el siglo XIX (sector conocido hoy como El Médano). La familia Armanet era dueña de esas serranías y ellos le permitían que hiciera usufructo de los terrenos.

Jacinto y su nieto Adrián llegaron a sembrar tanto trigo que tuvieron trillas de cuarenta yeguas, las que duraban hasta tres días de trabajo. Tal fue la producción, que los obligó a construir una troja(2) de barro que techaron con cueros de vaca. Estas cosechas rindieron muchos dividendos: *Nos permitió armarnos de ganado, yuntas de bueyes y herramientas.*

(1) Poblante: *Persona que hacía usufructo de un territorio sin ser su dueño. Debía pagar con trabajo su permanencia en el lugar.*

(2) Troja: *Construcción con sistema de aislación para conservar grano.*

Eran tiempos difíciles, recuerdo una plaga de liebres que se anduvieron comiendo todas las cosechas. El volcán, que dejó los potreros llenos de piedras pómez. La comida se puso escasa, mi abuela se las ingeniaba y con culincao(3) preparaba chepas negras. En ese tiempo había que cuidarse de los cuatreros. Había uno muy famoso, el "Che Jaque", buena persona, pero el que se la hacía se la pagaba.

En relación a su conocimiento con respecto a Curillinque, da una clase magistral, digna de registrarse para la posteridad, tanto por su valor histórico como costumbrista:

De Curillinque para arriba era una indiá, un territorio de indígenas. El mismo cementerio era de indios, muchos años después lo empezaron a administrar los dueños del fundo, así me contaba mi abuelo Jacinto. Estos dueños, que mi abuelo recordaba, eran los Cruz y los Gana, ellos compraron varias leguas a los indios, pero algunos años malos, los dejaron con pocos recursos para trabajar. Le pidieron ayuda a un jefe de tribu, al que le habían comprado tierras y el hombre que era muy rico y vivía cerca, les pasó una talega de plata: ¡Saquen lo que quieran!, les dijo. Y de ahí empezaron a mejorar la producción y afirmarse con el ganado y las siembras. Organizaron misiones que congregaban a mucha gente alrededor de la capilla: ¿Conoce la capilla?, Es muy linda, gracias a Dios se mantiene intacta.
Dicen que el indio enterró el resto de la talega en alguna parte de Curillinque, porque era muy rico como le dije. Durante mucho tiempo la gente buscó ese tesoro, pero estaba cuidado, tenía unos guardianes peligrosos; sapos negros y venenosos, que al menor descuido mordían en los talones a los cristianos y estos morían casi en el acto. ¡Hay mucho entierro en Curillinque!

Lo más curioso de esta historia es que la palabra "Curillinque" proviene del mapudungún y significa "Sapos o batracios negros".

(3) Culincao: *Harina de trigo a medio tostar, con esto se hacían bolitas de masa para la sopa ("Chepas negras").*

Se lo explico a Adrián y me comenta que no sabía su significado, pero que antes habían muchos sapos en el sector. La gente los mataba, por temor a ser mordidos.

¿Conoció algún sistema de administración del cementerio?

Los patrones del fundo continuaron cuidándolo y registrando los entierros, hubo mucho movimiento. Los finados eran traídos en angarillas desde la Mina hasta La Esperanza, a algunos los enterraban en cajones confeccionados con azuela y a los más pobres, sólo con mortaja.

Luego de un momento de silencio, continúa narrando. Ocurrió, que hace muchos años, el fundo se arrendó y los nuevos arrendatarios consideraron que el cementerio era una responsabilidad muy grande y quemaron el libro de registro. Ahí se acabaron las sepulturas y la fiesta del primero de noviembre, desde ese tiempo fue perdiendo fuerza, poco a poco se fue apagando la comunidad de Curillinque. Antes que eso ocurriera, un día primero de noviembre en que yo estaba jovencito, cayó una helada muy grande y la mañana estaba bien fría. Llegué con el alba a la entrada del cementerio, prendí una buena fogata y me puse a esperar la llegada de los deudos. Venían cientos, de todos lados, era una verdadera fiesta.

Del Cerro de Las Garzas bajó una niña muy linda, se llamaba Herminda Jaque Torres, a la que todos nombraban Minta. Venía con unos primos. Los invité a calentarse un poco en el fogón y ahí nos miramos de soslayo. Cuando había ofrendado a sus deudos, me ofrecí a ir a dejarla, la subí al anca y le pedí que se afirmara bien porque el manco era chúcaro. Nos seguimos viendo y a los dos años me animé y fui a hablar con el papá que era bien recio. Contaban que agarraba a correazos a los pretendiente de sus hijas, pero ella me animaba y me decía. ¡Si mi papá no me da, yo igual lo sigo! ¿Qué me van hacer unos correazos? Pensé. Junté valentía y le hablé. Me la dieron sin ningún correazo, creo que fue porque yo era bien trabajador.

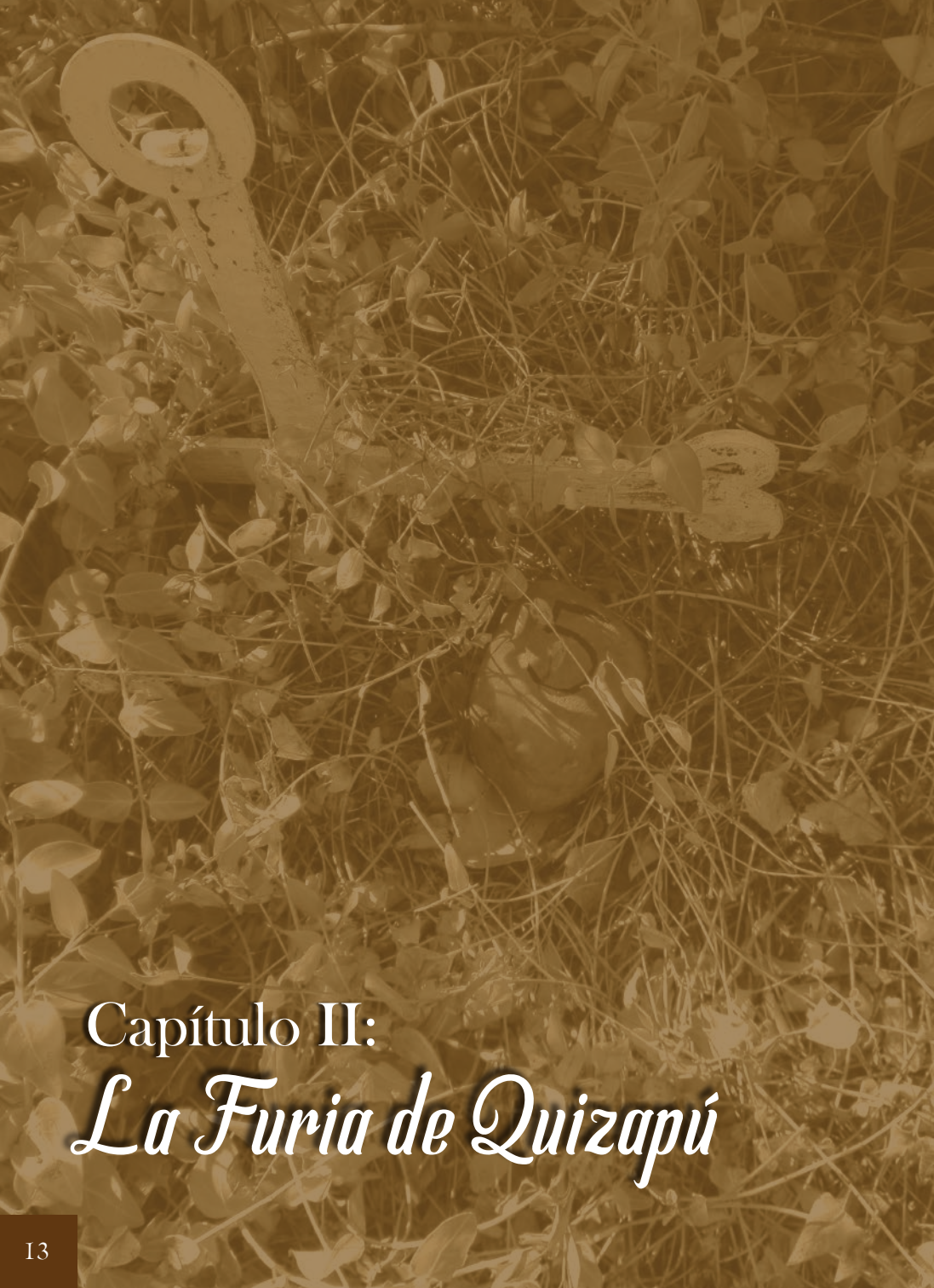
Nos casamos con la Minta, nos vinimos a vivir frente al Cementerio, por el otro lado del río y tuvimos nueve hijos ¡Ahí tiene!

Nos cuenta sobre la vida antes de la construcción del muro de contención de la Laguna del Maule. Por los años treinta no había camino a la Argentina, sino puras huellas que conocíamos sólo los baqueanos. Desfiladeros muy peligrosos, porque los derrumbes y caídas de piedras han ocurrido siempre, además estaban las mangas de mal tiempo, los cuatreros y los traficantes.

Por los pasos que nosotros conocíamos llegábamos en cuatro días a negociar con los cuyanos de la pampa. Aprendimos de mi abuelo a lacear animales con boleadoras, a jugar a la rayuela con tejos de piedra, a cocinar con viento en contra, a sembrar la quingua(4) en menguante y antes que cante la chicharra y por sobre todo a respetar la naturaleza que nos da el sustento.

Trabajé en sondajes y nivelación de la poza de la Laguna el Maule con el ingeniero Juan Cáceres. Trabajé como minero en la construcción de la Central Cipreses, vi como mejoraba el camino y como la modernidad iba llegando a estas zonas por tantos años aislada. Casi nadie sabe que por este sector funcionó una siderurgia. Los hornos de la Sidetal, en la década de los cincuenta, trabajaron como cinco años en la fundición del fierro; todavía se pueden ver los muros. ¿Se imagina la cantidad de obras? La construcción del pretil de la laguna, la mejora del camino, la construcción de la Central Cipreses, la siderurgia. Fue mucho el movimiento de gente en una zona acostumbrada a la tranquilidad y al silencio. Le pregunto si le gustaría volver a la montaña, el rostro se le ilumina y dirige la mirada a su hija Doris. Ella contesta por él. El frío le hace mucho daño, pero si lo viene a buscar un día que esté calentito, seguro que parte con usted a recorrer sus tierras. Así las llama él, sus tierras.

(4) Quingua: *quinoa, Cereal andino.*



Capítulo II:
La Furia de Quizapú

La Furia de Quizapú

Una siempre anda buscando volver a la infancia, dice Lidia. Ella siente que las montañas, el pueblo de Cipreses, los cajones cordilleranos, quedaron tan grabados en su alma que, a pesar de los años, se esmera en buscar el tiempo perdido.

Lidia llegó en el año 2016 al Liceo San Clemente Entre Ríos a pedir ayuda para rescatar el Cementerio de Curillinque, idea que le surgió al leer unas crónicas aparecidas en el Diario El Centro de Talca, sobre el "Taller de Rescate de la Memoria" que existía en el establecimiento educacional.

Les planteamos esta idea a los estudiantes y ellos respondieron con entusiasmo. La Universidad de Talca, a través de los Proyectos Participativos del Programa PACE, se sumó a este desafío de rescate patrimonial.

Decidimos viajar con la señora Lidia, estudiantes, profesores y funcionarios de la Universidad para conocer el lugar y llegamos a un remanso de paz, oculto por la vegetación. Cruzamos un pequeño riachuelo y nos abrimos paso, por entre las matas de rosa mosqueta, mayus, huinganes y boldos. Nos encontramos con una tumba arreglada y bien cuidada; De fondo, una gran cruz de color blanco.

Lidia se persigna y nos dice: *Aquí está mi bisabuelo Manuel Riquelme Pérez Rosales, yo soy la única que sigue viniendo y manteniendo limpia su sepultura. Todos permanecimos en un respetuoso silencio y quedó flotando en el aire un compromiso tácito para satisfacer el sueño de limpiar, despejar y demarcar las tumbas borradas por el tiempo, además de invitar a las familias y generar un espacio de reflexión en recuerdo de los antepasados.*

A los diecinueve años tuvo que acompañar a su familia y dejar la cordillera. Recalaron en Constitución, ciudad donde conoció a su esposo Francisco Canales; Un buen hombre de mar. Durante su permanencia en la costa hizo todo lo que estuvo a su alcance para llevar a su marido y a sus hijos Danilo, Francisco y Marina a la comuna de San Clemente, específicamente a Corralones; necesitaba estar más cerca de sus recuerdos.

No fue fácil convencer a su esposo, buzo mariscador, para que cambiara los tubos de oxígeno, el traje de agua, la máscara y la red, por pala y azadón. El tiempo confirmará que la decisión fue acertada; no se arrepiente de haber vuelto a respirar estos aires y contemplar los montes que la llenan de energía. Lidia, que se siente parte del paisaje, nació en el año 1944 y a los dos años llegó a vivir al sector de Cipreses.

Yo me crié con mi abuelo, él fue mi guía y mi mentor, se llamaba Florindo Riquelme y era comerciante. Había aprendido el oficio de mi bisabuelo, Manuel Riquelme Pérez Rosales, falte o comerciante ambulante, que fue casado con mi bisabuela Polinarda Palavecino. Él falleció en 1947 y se encuentra sepultado en el Cementerio de Curillinque. Mi bisabuelo vivía en este lugar, se abastecía de mercadería en San Clemente o Talca, de ahí recorría los cajones cordilleranos y cruzaba a la Argentina. Todo a caballo y mula. El único año que tuvo que dejar el comercio, fue en 1932, el año del gran desastre.

En 1932, el Volcán Quizapú registró una violenta erupción. Los campos quedaron cubiertos de ceniza, murió el ganado, se perdieron las cosechas, los ríos bajaron blancos de piedras pómez y las aguas quedaron contaminadas. En los sectores cercanos se veían las rocas encendidas volar por el cielo. Cayó material volcánico en la zona centro sur del país, como también en puntos neurálgicos de Sudamérica como Buenos Aires, Montevideo y el sur de Brasil, evidenciado la magnitud del desastre natural.

Manuel Riquelme varios meses cabalgando, viviendo aventuras y cultivando amistades repartidas por estos rincones de Chile y Argentina. Mi abuelita Hermosina Rojas, con sus hermanas Clara y María, se vinieron desde Malargüe a lomo de mula, por huellas y desfiladeros. Las tres se casaron con chilenos. Por allá quedaron unos familiares, los Alanís. Creo que todavía hay descendientes.

Mi abuela Hermosina, contaba que antes de que se hiciera el pretil de la Laguna del Maule, había un cerro isla medio de la poza. Decía que era un gusto ver este cerrillo lleno de flamencos y piuquenes.

Decía que era un gusto ver el cerrillo lleno de huevos. En esos años sí que caía nieve, llegaba hasta los siete metros de altura. Hoy una buena nevada no supera los tres metros.

Le pregunto sobre leyendas o mitos del lugar. *En ese tiempo se hablaba de entierros, aparecidos y encantos. Hay muchos entierros en Curillinque, mi abuelo contaba que muchos años atrás, había indios que vivían en unas tolderías a la orilla del río y que en la Cuesta de la Estrechura (Un poco más arriba del cementerio) aparecían unos finados acostados sobre la tierra, cubiertos con unos chamantos muy lindos, pero la gente no se acercaba ni levantaba los chamantos, porque eran aparecidos.*

En el año 1947, antes de que se comenzara a construir el pueblo de Cipreses, más arriba de Curillinque, había un hotel de propiedad de Don Guillermo Oses, al que mi abuelo Florindo abastecía de carne. Él conoció al Ingeniero a cargo de las obras de construcción de la Central Cipreses, don Edgard Lesinger. Como mi abuelo era comerciante y letrado, le pidieron que abasteciera de carne al campamento. Nos trasladamos de Curillinque al Fundo la Escuadra (al lado de la Piedra Mala). Nos fuimos en una carreta entoldada; ahí nació mi hermana Nidia y luego mi abuelo construyó una casa al lado de la gran tubería que está a la entrada del pueblo. ¡Esos años en Cipreses fueron muy lindos! Recién se estaban levantando las casas y los servicios. Me matricularon en la escuela. Mi abuelo me había enseñado a leer, por lo tanto, cuando la profesora tenía que hacer algún trámite, me dejaba a cargo del curso. Yo era como una profesora chica de sólo ocho años. En el pueblo había lo impensado: cine, teatro y fuente de soda. Llegaba el diario, las revistas Ecran, Don Fausto y Confidencias. Se hacían bailes, revistas de gimnasia, fiestas de la primavera. Traían a cantantes como Lorenzo Valderrama y otros famosos que se escuchaban en la radio.

Cómo le dije, me crié con mi abuelo, él era bien revolucionario, se enemistó con los patrones del fundo Curillinque cuando intentó enseñarle a leer a los inquilinos. Se enemistó con el ingeniero jefe de Cipreses, cuando arbitrariamente subieron el precio de la carne. Se enemistó con los dirigentes de su partido, cuando le pidieron que no me llevara a las reuniones. Pero tenía un corazón muy generoso. Él me enseñó a respetar a mis antepasados, me llevaba de chiquitita a visitar la tumba de mi bisabuelo y a pesar del paso de los años, lo sigo haciendo.

Fíjese que para una crecida grande del río, por allá por los años cincuenta, el agua se llevó el cementerio viejo y rompió parte de la pirca que da para el lado norte. Mi abuelo organizó cuadrillas de personas para reparar la pirca dañada, se consiguió alimentos de la "Alianza Para el Progreso" y lo repartió entre los voluntarios. Así quedó protegida la parte nueva, claro que se perdió toda la parte antigua del cementerio.

La señora Lidia, gestora implícita de este proyecto, ha visitado nuestro establecimiento educacional en reiteradas ocasiones, con la finalidad de agilizar los trabajos de limpieza, y de paso, ha sumado una gran cantidad de voluntarios para el arreglo de su querido lugar sagrado.

Capítulo III:

La celebración de "Las Carmeles"

La celebración de "Las Carmeles"

Llegar a la casa de don Abelardo es como retroceder en el tiempo. Se accede a través de la alameda que lleva al fundo Curillinque, luego se cruza un arroyo, no apto para el paso de vehículos bajos, se dobla a la derecha y se avanza por un estrecho callejón bordeado de zarzas. Un gran castaño y perros amistosos anuncian la presencia de la única casa que encontramos luego de veinte minutos de búsqueda.

Nos anunciamos por sobre una tranquera y aparece un campesino entrado en años, delgado, alto, ágil y atento. Algo intrigado por la presencia de cámaras, nos insta a pasar a un sombreado patio de altísimos cerezos. El patio lo cruza un arroyo de aguas cristalinas que bajan de la montaña. Acomoda bancas, limpia una mesa, guarda un canasto de membrillos, ahuyenta unas gallinas calchonas, espanta a los perros y nos ofrece asiento.

Desde la casa de don Abelardo, la vista del "Cajón del Maule" es privilegiada y el día está especialmente soleado; nos permite ver extensos campos, montañas que conservan algo del bosque nativo y una que otra pincelada amarilla de los álamos otoñales. Pide disculpas por su ropa sencilla y el desorden: ***¡Si me hubieran avisado que tendría visitas, los espero con algún engañito y la casa más ordenada!***

José Abelardo trabajó toda su vida en el fundo, hasta que le pidieron la puebla(5) para traer a otro poblante. Con su señora compraron casa en San Clemente, pero no duraron ni una semana en el pueblo. Su hijo Bernardo, al darse cuenta de la angustia que les provocaba el destierro, les ofreció compartir su casa y se volvieron a Curillinque donde se sienten a gusto. Cómo no, si viven en un pequeño paraíso.

Le explicamos nuestro objetivo; conocer más sobre el lugar, del cementerio, de la vida que llevaban cuando niños, del origen del villorrio. Le contamos, además, que realizaríamos un cortometraje con los resultados de la investigación. Le pareció una buena idea y aceptó el desafío.

Yo nací en Curillinque, en el año mil novecientos...espere, estoy turbado (no encuentra el carnet de identidad), hoy tengo ochenta y cuatro años. Me bautizaron aquí mismo, pero los papeles del bautismo se fueron a Colbún. Todos nosotros somos de acá. Mi mamá, María Mercedes Molina venía de El Melado, tuvo doce hijos bien criados, por eso fuimos bien sanos.

Yo me casé con Dina Figueroa; ella no escucha nada, por eso no participa de esta conversa. Tuvimos ocho hijos que están repartidos por todos lados, dos niñas mujeres se fueron para la Argentina, una está en Bardas Blancas y la otra en Neuquén.

A ella (su esposa) la conocí en unas "Carmeles", en esos años cuando se celebraban los santos. El finado de mi papá celebraba los Antonios. Los más festejados eran los Pedros, los Pablos, los Juanes, los Guillermos. Pero las Carmeles eran las mejores. Por aquí se festejaba con cantoras, las mejores eran Mercedes Miranda y María Zura, buenas para la guitarra. Después del asado, agrega con un dejo de picardía en la mirada, ensalada de romaza (6), con mote de maíz, cazuela, un buen enguindado de capulice (7) y póngale baile. Claro que se bailaban puras cuecas nomás, era muy bonito. En una de esas Carmeles la conocí a ella.

(5) Puebla: *Casa y terreno de cultivo que se les entregaba a los inquilinos.*
(6) Romaza: *Planta similar a la acelga, que crece al costado de los caminos en forma silvestre.*
(7) Capulice: Prunus Serotina. Cerezo negro o capulí, árbol andino que da un fruto parecido a la cereza.

Le preguntamos qué diferencias encuentra entre antes y ahora: Esto tenía mucho movimiento. En el fundo había más de cincuenta poblantes. No había escuela, yo nunca tuve la posibilidad de estudiar y muy pocos sabían leer. La escuela se vino a merecer por el año sesenta, con el profesor Martínez. Claro que antes abrieron una en Cipreses, que queda más arriba, pero allá no entraba cualquiera, sólo los hijos de los trabajadores de la central.

Cerca del puente había un despacho bien surtido, el de la Turca Amos. La señora Herminia Amos y su hija Lucía. También estuvo el negocio de la Gringa, no me acuerdo el nombre, pero era un nombre gringo, de otro país. Parece que la trajeron los patrones.

La vida era sencilla, pero bonita, había poca maldad, era un gusto ver las grandes bandadas de loros; hoy quedan muy pocos. Muchos coipos, quiques y zorros. Estos últimos mantenían controlados a los conejos y las liebres, que hacían mucho perjuicio. Con las nevadas, bajaba el león a hacer daño a los bichos, pero le temía al fuego y con eso se espantaba. Hoy, el único que hace perjuicio es el peuco. Hay que ponerle harto ojo a los pollitos, para que no se los lleve.

Antiguamente había abundancia de nieve. Aquí, en invierno uno andaba con la nieve hasta la cintura, hoy apenas se ve la escarcha. Cada vez hay menos agua, se nota en las lluvias y en las nevadas.

Al interior de la cordillera la vida era más dura. No había caminos, sólo huellas. La recorrían los puesteros, uno que otro falte, los baqueanos, los contrabandistas. Los gendarmes argentinos eran muy guapos(5). Nadie que no fuera entendido, y no conociera los senderos, se aventuraba por esas cumbres.

Hace muchos años atrás, los gendarmes mataron a un baqueano de por aquí, de Curillinque, llamado Setrimio Palavecino, fue muy comentado. Por eso, yo digo que a la cordillera hay que respetarla, conocerla y quererla.

El primero de noviembre se juntaba mucha gente en el cementerio, todos nos conocíamos o teníamos algún finado en común. Es muy triste verlo abandonado.

(7) Guapo: *Serio, duro, estricto, agresivo.*

Le contamos del proyecto de rescate de la memoria local. Se le iluminan los ojos. *Sería muy bueno que volviera a funcionar; a mí señora y a mí nos gustaría quedarnos bajo esa tierra. Yo tengo ahí a mi abuelo Juan Alberto Flores y a mi abuela Pastoriza Molina.*

El cementerio tenía dos partes, la del bajo, que es la más antigua y la del alto, la más nueva. Le preguntamos si tiene antecedentes sobre la existencia de un cementerio indígena, a lo cual responde afirmativamente. Pero claro, si los antiguos decían que todo esto era una Indiá. Que en la Cuesta de la Estrechura dejaron un entierro. Muchos le han hecho empeño para encontrarlo, pero los entierros son dados (8), si a uno no se lo dan, no lo puede encontrar.

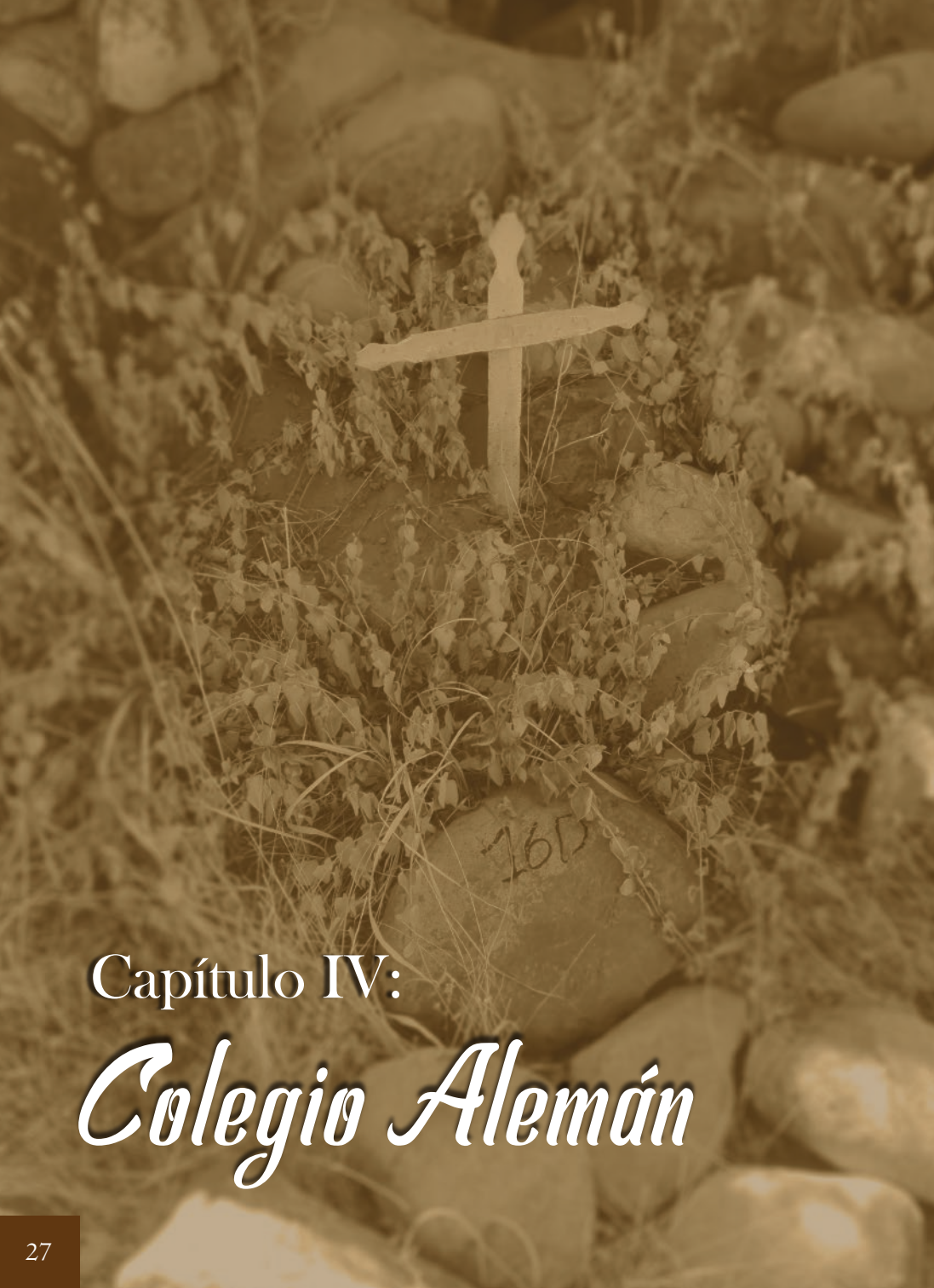
Le consultamos sobre el origen del nombre Curillinque, pero no lo conoce. Cuando le explicamos, responde sorprendido. Pero claro, si aquí habían muchos sapos, unos así de tamaño (extiende el dedo pulgar y el índice mostrando una medida amplia), sapos de rulo le llamábamos nosotros.

Cuando niños, nada de andar comprando dulces, la entretención era salir al monte y buscar los sabrosos frutos de las coguileras, del michay, del peumo y del lleuque. Juntábamos canastadas de maqui, quideñes y capulices. Nos bañábamos en los remansos del río, cazábamos perdices, tórtolas cuyanas y codornices y mi mamá las preparaba muy ricas. Hoy, las perdices ya no se merecen; las han perseguido con escopetas. Nosotros lo hacíamos con canastillos y tiradores.

(8) Dar un entierro: *Signos o señales que se dan a ciertas personas para que descubran el lugar exacto del tesoro enterrado.*

Bajar al pueblo era un acontecimiento, tomaba dos días. Había que salir de noche a caballo, llegar temprano a la estación La Higuera de Bajo Perquin, dejar los caballos y tomar el tren a Talca. Lo mismo de vuelta. A mí nunca me gustó mucho salir; estoy contento aquí en la casa de mi hijo. Si uno se hace acompañar por Dios y la Santísima Virgen, nada le falta.

Le agradecemos por su tiempo y hospitalidad, le preguntamos si podemos filmarlo. Acepta en el acto, pero antes, entra a su casa y vuelve a los diez minutos, con una camisa blanca impecable y bien peinado. Le instalamos un micrófono inalámbrico y responde mirando a la cámara, como si estuviera acostumbrado a las entrevistas. Terminada la labor, nos despedimos de este hermoso rincón de nuestra cordillera. Don Abelardo, junto a sus perros, nos sale a encaminar y nos invita a volver cuando queramos.



Capítulo IV:
Colegio Alemán

Colegio Alemán

A los doce años, la pequeña María Vergara Castro se sentó frente al telar mapuche de su madre y confeccionó una manta de huaso. Su padre, Ruperto Vergara, encontró que el tejido y el diseño estaban perfectos y a la primera oportunidad que tuvo, lo cambió a unos cuyanos por un caballo, el que más tarde, fue cambiado por un hato de cabras y éstas por una carga de charqui. Éste fue el destino de la primera obra de María.

Son las nueve de la mañana y la anfitriona me ofrece un mate con mistos(9) y acerca una panera con empanadillas de pera. Estas las hago yo, son de orejones que yo misma seco y guardo; están recién hechas; sírvase con confianza.

El arte del telar le ha abierto muchas puertas; nunca imaginó que sus tapices con trama de "ojitos" le permitirían ser un aporte importante al sustento de la familia y además siente el orgullo de que sus tejidos se encuentren repartidos por muchas partes del mundo. Se ausenta unos minutos y vuelve con varios cobertores de gran colorido y finamente elaborados.

(9) Mistos: Hierbas que se le agregan al mate, ya sean medicinales o aromáticas.

Mi mamá Blanca Castro Villalobos nos enseñó a ser previsoras. Cuando vivíamos en Curillinque, usábamos el telar, secábamos maqui, capulices, peras, duraznos y otras frutas para el invierno. Con ella salíamos a recoger el maqui. Poníamos un chaño(10) en el suelo y sacudíamos las ramas, cosechábamos sacos de maqui. Una parte se convertía en chicha que se bebía sola o con harina tostada. Era un refresco muy rico que hoy poca gente conoce. Otra parte se secaba para los tiempos de escasez.

Estábamos en esa conversación cuando aparece su esposo; Reinaldo Enrique Muñoz Tapia. Don Enrique es un hombre serio, de conversación amable y pausada, que contrasta con el ímpetu y alegría de su esposa. Él intenta hacer un aporte a la conversación, pero ella, que es más locuaz, le pide que espere a que termine su historia.

Nosotros, con mi papá Ruperto Vergara Ramos y mi mamá, vivíamos cerca del chalet de la familia Gana Edwards, los dueños del fundo. Tenían cinco hijos: Javiera, María Isabel, María Inés, Fernando y otra guagüita. Para el verano, venían de Santiago y traían monjitas que les hacían clases en la capilla. Además, invitaban a cinco niñas de la comunidad. Le podría dar el nombre de todo el curso completo; los hijos del patrón, más la Fanny, la Dominga, la Audolía, la Digna y yo. En esa misma capilla hice la Primera Comunión, junto a María Isabel y María Inés.

En un momento de silencio, don Enrique hace su aporte. *¡Ella se ufana de haber estudiado con monjas! Yo no me achico. Yo estudié en Colegio Alemán. Ante la risa de todos, le pido que me explique. Lo que pasa es que un año los patrones, trajeron a una joven institutriz alemana, yo ya estaba pichón y me tomó buena. Nos encontrábamos en secreto y me enseñó a leer y las operaciones básicas. Parece que era aventajado, porque aprendí rapidito. Claro que cuando se fue enterando don Víctor Gana, se acabó el Colegio Alemán y los encuentros furtivos con la linda institutriz. No le gustaba que los hijos de los trabajadores aprendieran. Decía: "después aprenden las leyes y se ponen exigentes".* Don Enrique se queda con una sonrisa de satisfacción al evocar esos recuerdos y su esposa ríe pícara.

(10) Chaño: *Manto fino, confeccionado a telar.*

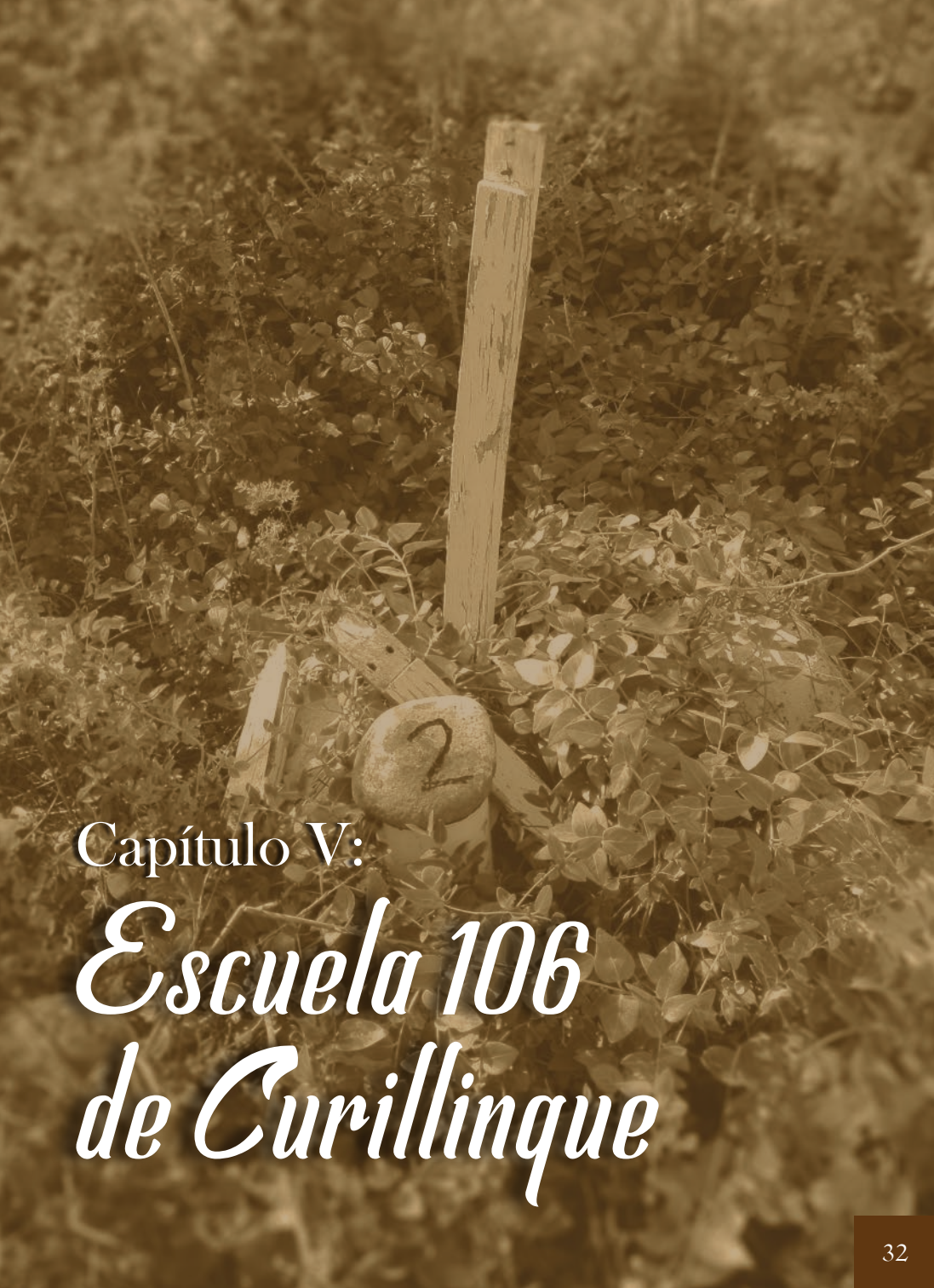
Mi abuelo Pedro Castro, continúa la señora María, *vivía al otro lado del Río Colorado. No había puente, sino un andarivel que se deslizaba peligrosamente por sobre el río. Mi mamá nos enseñó muy bien, nos organizaba con sistema de turnos. Unas lavaban y planchaban, otras barrían, otras hacían el mote y la harina tostada. A mí me gustaban estas dos últimas tareas y tejer en el telar, era bien mala para algunos trabajos. Todavía soy mala para lavar, pero buena para tejer.*
Tengo ochenta años y aquí me ve tan alta, participo en la Cruz Roja, en varios clubes del adulto mayor, hago tejidos, vendo empanadillas; nunca me he quedado tranquila; educamos a nuestros cuatro hijos y los cuatro son profesionales, igual que nuestros hermosos nietos, todos gente de bien.

¿Cómo se conocieron? *Ya, cuente usted sus mentiras* -le dice María a su marido-, hace rato que quiere hablar. *No le crea cuando diga que yo le acepté tan rápido su propuesta de pololeo; puras mentiras.*
Yo la conocí cabrita chica. Nosotros vivíamos en El Alto del Ballical, donde está el santo. Se refiere a la imagen de San Sebastián, antes de llegar a la Vega de Salas. "En todas partes hay Dios, menos en la Vega de Salas", dice el dicho que describía la ferocidad y el abandono del lugar, donde habría tanto oro, que en una palada de tierra salían varias pepitas del preciado metal. En el Ballical vivimos con mi abuelo José Valentín Muñoz. Como a los 12 años más o menos, nos fuimos con mi papá Juan Domingo Muñoz y mi mamá Carmen Tapia al fundo Las Garzas de don Arturo Sutil Prieto y la señora Sara Berti. En el fundo se organizaban anualmente las misiones, donde se llegaban a celebrar hasta catorce matrimonios. En uno de esos matrimonios, la volví a ver; ya estaba más grande y bonita. La habían invitado a la fiesta y yo la miraba de lejos.
Hice una gran fogata en el patio, donde se acercaban los invitados de tanto en tanto, ella pasaba cerca y yo la miraba. Al otro día me ofrecí para ir a encaminarla a su casa y le hablé. Me pidió que esperara quince largos días para darme la respuesta. ¿Qué cree usted? Me dijo que si y aquí estamos desde hace sesenta y un años casados. Nosotros queremos mucho la zona de Curillinque, tantas historias, tantos recuerdos. Nuestros antepasados están enterrados en el Cementerio. Ahí está mi bisabuela Sabina Muñoz, que murió a los cien años.

Ella (María) tiene enterrado a sus abuelos, hermanos y tíos. Ese Cementerio es muy viejo. Tenía una parte antigua, más pegada al río, pasada la pirca norte. En una crecida, hace muchos años, el río se llevó el cementerio viejo. Por lo tanto, nuestros muertos viajaron por el río y llegaron a la mar.

Los patrones del fundo Curillinque se dedicaban a la ganadería, todos sus animales eran marcados con la figura de un sapo, por lo tanto, eran reconocidos en todas partes y no se perdían. Dos de sus hijos fueron sacerdotes y una niña monja. Más tarde, cuando estaban viejitos, arrendaron el fundo a los Pinochet y más tarde a los Moore. Nunca más volvió a ser lo mismo. Se acabó el cementerio, las misiones, la Cruz de Mayo y la fiesta del primero de noviembre.

La señora María, con su energía infinita, sorprende con un detalle final. ***A mí me va a faltar vida. Son tantas las cosas que me faltan por hacer, tanto por conocer, tanto por ayudar. Fíjese que el año pasado, gracias a la venta de mis tejidos, me pagué los pasajes a los Estados Unidos. Imagínese, de Curillinque a Miami, sin escalas.***



Capítulo V:

Escuela 106 de Curillinque

Escuela 106 de Curillinque

El joven profesor Luis Martínez Riveros egresó de la Escuela Normal José Abelardo Núñez (Santiago) y volvió a Talca con una maleta llena de ilusiones y una vocación de servicio dispuesta a desarrollarla en los lugares más recónditos, si fuese necesario.

Chile no era el mismo de hoy. Las comunicaciones en el año 1965 eran lentas y escasas. Los caminos rurales representaban un verdadero desafío para los pocos vehículos de transporte público que existían. Al profesor le hablaron de una plaza de trabajo en la localidad de Curillinque, pequeña localidad cordillerana ubicada en la comuna de San Clemente, distante a cerca de un centenar de kilómetros de Talca. Sin importarle los sacrificios, la distancia, ni las condiciones laborales adversas, aceptó.

El Director Provincial de Educación de la época, Don Héctor Pérez Biott, le advirtió.

No será contratado por el Ministerio de Educación, sino por la Junta de Vecinos del sector. El sueldo es básico, pero la comunidad tiene fe en contar con una escuela y un profesor dispuesto a poner toda su vocación al servicio de la comunidad.
-¿Existe un local para atender a los niños? -preguntó el profesor-.
-¡No, pero la comunidad es muy trabajadora! Y el señor Guillermo Valenzuela Torrealba, administrador del fundo Curillinque, ofreció todo su apoyo para la creación de la escuela, facilitando un terreno apropiado.
- ¿No hay nada? -reiteró el docente-.
- ¿Cómo que nada? Hay alumnos, una comunidad dispuesta y la posibilidad de rescatar a todos los niños que atienden las profesoras particulares; la señora Gabriela Gómez y la señorita Hortensia Arzola, en la iglesia del fundo. Usted tiene la misión de crear la escuela pública N° 106 de Curillinque -encomendó la autoridad-.

Es importante destacar que Cipreses fue la primera central hidroeléctrica construida en la cuenca del Río Maule, distante a siete kilómetros de Curillinque. La construcción del campamento se inició en 1949 y el inicio de la producción hidroeléctrica comenzó en 1955. Pronto, este poblado asociado a la producción eléctrica, se transformó en una pequeña ciudad pujante, hogar de las familias de los ingenieros, técnicos y trabajadores que laboraban en la empresa. Este polo de desarrollo, permitió un tránsito relativamente fluido de vehículos cipresinos, además de una liebre, que transportaba a los trabajadores entre Talca y la Central. Tanta importancia tuvo, que se implementó una línea de transportes internacionales, TAC, que unía Malargüe (Argentina) y Talca. De hecho, era más fácil y barato ir por el fin de semana a Argentina, que viajar a Talca.

Durante los primeros días de marzo de 1965, el profesor Luis Martínez recibió su habilitación (autorización para ejercer las funciones docentes). Tomó sus maletas y partió con rumbo a la cordillera. Luego de dos horas de viaje, arribó al hermoso cajón cordillerano. Los vecinos lo esperaban con entusiasmo, pero al notar su corta edad, mostraron cierta reserva.

Con su esfuerzo, conquistó rápidamente a la pequeña comunidad que marcó la vida de Luis Martínez, quien recuerda a todos sus apoderados, a pesar de haber pasado más de cincuenta años de haber sido su profesor.

Cuando recién llegué, el Presidente de la Junta de Vecinos Camilo Irribarra me recibió en su casa y además se transformó en uno de mis principales colaboradores en la tarea de levantar la escuela. Se eligió como presidenta de los apoderados a la Sra. Elsa González Jaque y formamos un equipo de trabajo que organizó actividades para reunir fondos para la escuela.
Los estudiantes viajaban hasta dos horas a caballo o a pie, venían desde el Alto del Ballical -al interior del cajón del Río Colorado- y atendíamos un radio de más de diez kilómetros. Digo atendíamos, porque el segundo año llegó un colega como refuerzo. Con él organizamos varios campeonatos de fútbol, incluso llegué a ganar el trofeo de "goleador" de un torneo, adjudicándome un trofeo que aún conservo; un cacho de buey que tiene impreso un copihue.

Uno de los días más esperados en el poblado era el primero de noviembre. Cientos de deudos visitaban el Cementerio de Curillinque. Se realizaba una misa solemne, se desmalezaban y blanqueaban las tumbas y se ornamentaba con flores y guirnaldas el gran Cristo crucificado.

Familias completas a caballo, carretas o caminando, cruzaban los cordones cordilleranos para rendir tributo a sus "finados". Este clima religioso - festivo creaba un ambiente ideal para venta de refrescos, helados de nieve, mote con huesillos, tortillas y huevos duros, alimentos que satisfacían la sed y el hambre de los deudos. Los fondos reunidos en esta jornada, se destinaban a las mejoras de la escuela.

El profesor rememora las fiestas que se celebraban en la comunidad. El Cristo de Mayo (tres y cuatro de mayo), toda la comunidad salía de noche en procesión por los caminos interiores portando la Cruz, a la luz de las antorchas.

Cuando se pasaba por las casas al unísono se vitoreaba ¡Viva la Cruz de Mayo! La procesión terminaba en una casa previamente elegida, donde se veneraba a la Santa Cruz.

El Cementerio de Curillinque era un lugar muy querido y respetado por la comunidad. Creo que es uno de los cementerios más bonitos que he visto en mi vida. Su emplazamiento, junto al río, y su marco de montañas e imponente pirca, lo transformaba en un verdadero remanso de frescura y paz.
Una de las vivencias más entrañables que viví por los años setenta fue la implementación de un programa de alfabetización aplicado en la comunidad (inspirado en el método psicosocial de Paulo Freire).

Muchos trabajadores del fundo no sabían leer ni escribir. Era una carencia que no podía continuar. Empezamos una campaña de inscripción de alumnos para el programa de alfabetización. Logramos inscribir a treinta y siete adultos. Su tiempo libre era sólo de noche y, paradójicamente, no había luz, estábamos cerca de una central hidroeléctrica y no teníamos luz. El fundo producía su propia energía a través de un sistema de turbinas hidráulicas. Por lo tanto, el requisito para ser alumno era llevar una chonchona(11) o velas.

Cuando llevábamos varios meses con el programa, nos supervisó el destacado educador don Víctor Carrión Parada. Observó muy atento las clases y se retiró en silencio. Yo, con temor a que no aprobara mi trabajo, le pregunté sobre qué estaba haciendo mal. Me respondió con los ojos brillantes por la emoción. -¡Nada profesor! lo que usted hace es heroico; enseñar a la luz de las velas y en estas condiciones... no puedo más que felicitarlo y agradecerle-. Me abrazó en silencio.

(11) Chonchona: *Lámpara a parafina confeccionada con un tarro y una mecha de género.*

A los patrones del fundo no les gustó nada esto de la alfabetización. En el país se vivía una efervescencia social que era peligrosa para la estabilidad reinante. Le hicieron saber a don Luis que el fundo no apoyaba el programa de alfabetización para adultos. Esto significó que la escuela se quedó sin leña, pan, ni caballos para el transporte del profesor. A pesar del rechazo, del viento, el frío y la nieve, el programa de alfabetización continuó y al cabo de un año, los treinta y siete estudiantes matriculados recibieron su certificado que los acreditaba como alfabetos.

Don Luis nos cuenta que el fundo, la escuela y el cementerio, eran las tres instituciones que marcaban el ritmo de la comunidad. Las supervisiones a la escuela eran muy escasas y los directivos del Ministerio de Educación tenían temor de quedar aislados en la cordillera. Así le ocurrió a don Héctor Pérez Biott, quien con su parsimonia y trato educado, tuvo que permanecer aislado una semana, luego que una manga cubrió con más de tres metros de nieve el sector. Los días los pasamos al calor del fuego y al ritmo de sólo dos discos; “Pasó del Norte" y "Pescadito Nadador" de Miguel Aceves Mejías, tocados en la única victrola existente.

Como conclusión agrega. Me alegro mucho que los profesores y alumnos del Liceo San Clemente Entre Ríos quieran poner en valor este lugar sagrado. Nunca averigüé sobre su creación. Supongo que si las riberas del río pertenecen a la Dirección de Riego, ellos deben saber su origen. Para mí, es muy antiguo y no es raro que se remonte a antes de la conquista y esté fundado sobre un cementerio indígena.

Capítulo VI:
Un nuevo amanecer en Curillinque

Un nuevo amanecer en Curillinque

El diecinueve de mayo de 2017, Lidia se despertó mucho antes del amanecer; estaba nerviosa y había dormido poco. Su esposo Francisco percibió el sueño ligero de ella y decidió levantarse. Ambos sabían que era muy temprano, que el inicio de la ceremonia a la que habían sido invitados sería seis horas más tarde y que el microbús con destino a "La Mina" pasaría por lo menos en unas tres horas más. Pero era un día especial, que merecía madrugar, pese al frio.

Prepararon un canasto con mates y alimentos para el desayuno. Sabían que muchos familiares, provenientes de diferentes puntos del país, asistirían a este encuentro con sus antepasados y era necesario compartir algo calentito para la mañana. Envolvió un gran ramo de crisantemos, se abrigaron y salieron a esperar la movilización con una hora de anticipación.

Caminaron, aún de noche, hasta el cruce de Corralones. Por fin había llegado ese día por el que tanto se habían esmerado; día en que sus abuelos, Florindo Riquelme y Hermosina Rojas, serían sacados del oscuro olvido, para ser reconocidos públicamente por su aporte a la comunidad de Curillinque.

Lidia necesitaba hacer explícita su gratitud a un hombre que no sólo fue su abuelo, sino un dirigente social que dejó una profunda huella en la comunidad. Fue él quien lideró por los años sesenta una cuadrilla de voluntarios para reparar las pircas que protegen el cementerio, que habían sido dañadas por una gran crecida del Río Maule; el mismo hombre que despertó la inquietud por educar a los trabajadores del fundo, el que inculcó a Lidia y sus hermanos los valores del trabajo, la justicia y fidelidad familiar.

Lo que Lidia no sospechaba, era que esta misma emoción la vivían en diferentes puntos de la región. Adrián, María, Enrique, Luis, Abelardo y todos los convocados que se habían enterado por la prensa acerca de la ceremonia "Puesta en Valor y Rescate de la Identidad Cultural de Curillinque".

Abordaron el bus rural a las ocho treinta de la mañana, avanzaron por entre la niebla de mayo y ascendieron en silencio hacia la montaña. Al pasar "El Colorado", se disipó el frio, la oscuridad y la bruma. El sol apareció radiante por detrás de las montañas, las que habían empezado a acumular abundante nieve que aseguran el agua para el valle del Maule. En San Clemente, Adrián González también se había despertado temprano, pero no podría asistir a la ceremonia, a pesar de que lo habían invitado tanto. Estaba delicado de salud, pero recordaba perfectamente el día y la hora del encuentro de los antiguos habitantes de la montaña.

Le había preguntado a su hija Doris sí existía alguna posibilidad de ir a la misa. La salud está primero papá y si Dios quiere cuando vengan los tiempos más cálidos podrá ir a visitar a sus deudos. Adrián entendía, pero su corazón cordillerano latía fuerte por el deseo de regresar sus montañas.

Comprometió a su hija para que con la llegada de la primavera se animaran y partieran a su rancho abandonado, ubicado frente al cementerio y al cerro "La Ramona", por el costado norte del Río Maule.

Los estudiantes del área agrícola y de construcciones metálicas, los integrantes del Taller de Rescate de la Memoria y los profesores del Liceo San Clemente Entre Ríos, así como los miembros del Programa PACE de la Universidad de Talca, también estaban ansiosos por entregar a la comunidad el resultado del trabajo realizado en terreno; limpieza, recuperación y catastro del espacio. Los antiguos habitantes de "Las Garzas", "La Suiza", del "Cajón del Melado", "La Mina" y "Cipreses" se reencontraban en un abrazo lleno de recuerdos y añoranzas por los tiempos idos.

Don Abelardo llegó temprano. Vestía impecable y saludaba con timidez a gente que no recordaba. Comentó con alegría que hacía añazos que no veía al Profesor Luis Martínez y a Enrique Muñoz. Se abrazaron y reencontraron en las remembranzas de los buenos tiempos. Hicieron recuerdos de don Adrián y lamentaban su ausencia.

Antiguos ex alumnos del profesor reían de las anécdotas vividas en un tiempo en que las comunicaciones eran lentas y escasas; en el que la mayor entretención era el encuentro personal y la conversación.

Por otra parte, Martín Bahamondes, un joven de dieciséis años, al igual que los antiguos habitantes del sector, se había despertado temprano y no podía sacar de su mente el recuerdo de su madre Lorena Tapia.

La madre, de treinta y dos años, había fallecido en un accidente automovilístico en los Altos del Maule hacia dos años y Martín se había hecho conocido en todo el país a través de los noticieros, por su particular forma de honrarla. Cada aniversario del accidente, frente a la animita (12) que recuerda el lugar de su partida, ofrece a la memoria de su madre una cueca solitaria. Este año se sumó al acto de revalorización del cementerio e invitó a su amiga Daniela Castro Lara, estudiante del Liceo San Clemente Entre Ríos, a honrar a los antepasados. Ambos llegaron vestidos con sus mejores prendas.

(12) Animita: *Pequeño santuario dispuesto en orillas de los caminos, que recuerdan el lugar de un acontecimiento fatal.*

Entre los huinganes, piches y romerillos, se alzaba la imponente cruz blanca; algo deteriorada por la nieve y el viento, pero digna, airosa, ante esta casi extinta comunidad, reunida para honrar a sus antepasados y a los pueblos originarios olvidados, que descansan en el subsuelo de Curillinque.

En medio del campo se vivía un clima de encuentro, simbolizado por la distendida conversación entre Carabineros de la Comuna de San Clemente y La Mina, arrieros, la comunidad mapuche Inche Tani Mapu, el sacerdote Padre Gilberto Rojas Lineros y autoridades.
En los momentos previos a la ceremonia, todos se fotografiaron con las banderas de Chile y del pueblo Mapuche, como reconocimiento a la riqueza que se puede encontrar en la diversidad.

De esta última bandera, es interesante recordar que aparece mencionada como símbolo de La Araucana cuando Ercilla se refiere al guerrero Talcahuano:

Pasó tras éste luego Talcahuano (...)
cubierto de altas plumas, muy lozano,
siguiéndole su gente de pelea,
por los pechos al sesgo atravesada
bandas azules, blancas y encarnadas.

Los asistentes participaron emocionados de la plegaria a los espíritus, realizado por la Ñaña y hablante Elba Jara Trecanahuel. Sonidos del ñolkin, kultrum, la pifilka y kaskawilla, se mezclaban armoniosamente con el rumor del río y las bandadas de tricahues, que cruzaban el cielo.

Cuando el padre Gilberto celebró la liturgia se vivió un momento de hondo recogimiento, porque los estudiantes del Liceo pidieron por cada uno de los difuntos que habían logrado identificar.

Todo adquirió un sentido especial cuando el sacerdote comentó, que él también tenía familiares sepultados en ese camposanto y que había aprovechado la oportunidad, para traer flores a sus deudos. Luego de la eucaristía, los jóvenes Martín Bahamondes y Daniela Lara Castro bailaron un emotivo pie de cueca a los pies de la gran cruz del Cementerio de Curillinque. Terminada la ceremonia de entrega, la señora Lidia se acercó a los organizadores; emocionada y agradecida con la comunidad liceana y con la entidad universitaria, por el trabajo realizado, por el respeto a la cultura local y por haber cumplido su sueño y el de muchos habitantes del sector.

Lidia Ramírez Riquelme, vecina de la localidad de Corralones, tenía una inquietud que aguijoneaba su corazón. Sus antepasados se encuentran sepultados en un cementerio en situación de abandono, en plena Cordillera de los Andes, precisamente en la localidad de Curillinque, ubicada a 58 kilómetros del centro urbano de la comuna de San Clemente.

A través de la prensa regional, se enteró de un trabajo de rescate patrimonial realizado con éxito por estudiantes del Liceo San Clemente Entre Ríos, entonces se acercó a plantear su inquietud de recuperación y puesta en valor de este sitio, ante lo cual obtuvo una recepción que agradece: "Los estudiantes se interesaron, al igual que los profesores; se buscó apoyo y finalmente viajaron a la localidad de Curillinque, en la misión de materializar el trabajo. Estoy muy contenta, pues se trata de un hecho inédito para nuestra comunidad y espero que los jóvenes del Liceo tengan un alto grado de participación en este rescate de la memoria local".

Ante la solicitud, la comunidad educativa reaccionó de manera entusiasta y se planteó esta idea como Proyecto Participativo del Programa de Acompañamiento y Acceso Efectivo a la Educación Superior (PACE) de la Universidad de Talca.

El trabajo realizado contempló la limpieza del recinto, inclusión de señalética, remarcación de tumbas y senderos, además de la ejecución de este trabajo de investigación comunitaria denominado Conversaciones en torno a Curillinque, que a través de entrevistas realizadas por su propio autor Renato Velásquez Rojas, docente e historiador del establecimiento educacional de la Región del Maule, recoge de manera lúdica y dinámica, la memoria de una localidad, que más allá del transcurso del tiempo, se siente más viva que nunca, a través de la generación de este Proyecto.

PACE
PROGRAMA DE ACOMPAÑAMIENTO Y ACCESO EFECTIVO A LA EDUCACIÓN SUPERIOR
Ministerio de Educación

LICEO SAN CLEMENTE
ENTRE RIOS

TALCA
UNIVERSIDAD
CHILE